

Viviana Gallardo
fue mi amiga

Jacques Sagot Martino

Viviana Gallardo
fue mi amiga





© EUNA Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo, Costa Rica
Teléfono: 2562-6754 / Fax: 2562-6761
Correo electrónico: euna@una.ac.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)
La Editorial Universidad Nacional (EUNA) es miembro del Sistema Editorial
Universitario Centroamericano (SEUCA)

© Viviana Gallardo fue mi amiga
Jacques Sagot Martino
Primera edición EUNA 2020

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.ac.cr
Diseño de portada: Jade Diseños & Soluciones

923

G168S

Sagot Martino, Jacques, 1962-
Viviana Gallardo fue mi amiga / Jacques
Sagot. -- Primera edición. -- Heredia, Costa
Rica : EUNA, 2020
408 páginas : ilustraciones a color, foto-
grafías, 25 cm

ISBN 978-9977-65-540-6

1. GALLARDO CAMACHO, VIVIANA,
1963-1981 2. BIOGRAFÍAS 3. HISTORIA
4. COSTA RICA 5. ASPECTOS POLÍTICOS
6. ASPECTOS SOCIALES 7. IDEOLOGÍAS
POLÍTICAS I. Título

De conformidad con el Artículo 16 de la Ley N.º 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos N.º 70 y N.º 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción con fines educativos).

Contenido

<i>Mi gratitud</i> , por Vilma Camacho de Gallardo.....	19
<i>Motivación humanista</i> , por el Dr. Marlon Mora Jiménez, Presidente del Colegio de Periodistas.....	21
<i>Preludio en Si bemol menor</i>	23
I Temprana infancia. “¿Es Dios un mono?” Anécdotas. Curiosidad. Espíritu crítico. Salón de patines. La dentadura del abuelo. La cuna: su primera fuga.El amigo invisible. El ritual de las mandarinas. Una salud robusta. El asma. Disfrutar de los hijos.....	33
II Bajo el signo de la ceniza. Primera nieta. Llegada del hermano. Primeros juguetes. Una bella infancia. La mejor amiga. “¡No hay que interrumpir a los adultos!” Texto de Viviana sobre la Navidad. Tempranos gestos de generosidad. Un avatar de Mafalda. Una hermosa familia. Más mandarinas. La cabeza de Minerva.....	39
III Entorno familiar. Armonía. Su amado hermano Adalberto. Rebautizo del Padre Pío. Fascinación con los murciélagos.	

Juegos de infancia. El ping pong. Viajes familiares a Nicaragua y Panamá. Guanacaste. Rancho Pando. Puestas de sol en Puntarenas. La Dos Pinos, para saciar un antojito extemporáneo.....	45
IV Cuentos y canciones infantiles. Autores preferidos. Intolerancia a la crueldad: relatos y canciones “editados”. Entrada al kínder. Entre rosas, margaritas y violetas. Primera insurrección. Dibujos psicodélicos. Sensibilidad musical. Clases de violín, batería, flauta, italiano. Al cuidado de la abuela. La casa de Curridabat. Nacimiento. María. Los regalos navideños. Definición de la solidaridad.....	51
V Artículo de <i>La Nación</i> : semblanza de Viviana. La misteriosa historia del texto. Reacciones de los lectores.....	59
VI Apoyo y solidaridad con la madre. La madre heroína. Viviana estudia con su mamá. La visita al psicólogo. El concierto en el Teatro Nacional. El autógrafo de Gyorgy Sándor. Viviana, mi aliada.....	69
VII Una mujer de buen ver. Sentido del orden. Nuestra hermandad virtual. La misión no cumplida. Confidente en materia amorosa. Profesores. El Liceo Franco-Costarricense. Desempeño académico. Vocación por las letras. Su locuacidad. Maestras maternas, profesores legislativos.....	75
VIII Primeros romances. Panorama político de Costa Rica en 1978. Primeras militancias políticas. El arduo proceso centroamericano: una panorámica. Genocidios y turbulencias. Nicaragua. <i>Roma</i> , de Fellini. El miedo.....	81
IX El Liceo Franco-Costarricense. Aprender a leer. Aprender a argumentar. La lectoescritura en el Liceo. Resumen de texto, comentario compuesto de texto, análisis de texto. Virtudes pedagógicas del Liceo. Los profesores. Yves Debrouse. Decepción con la Iglesia. El padre Idoate.....	95
X Una tarde con don Carlos Hernández. Reminiscencias.....	111
XI La Casa de los Leones. El Liceo en Concepción de Tres Ríos. Conversaciones tempranas. De la ética de la palabra a la ética de la acción. El “estilo” político de Viviana. Elecciones estudiantiles de 1979. Una noche para recordar.....	115

XII Paseos alrededor del colegio. Horarios. El ritual del almuerzo: lo sublime y lo doméstico. Los grandes temas de Viviana. El psicoanálisis. Responsabilidad ideológica. Los hermeneutas. La lectora de sueños. Nuestra primera conferencia. La visita que me perturbó. El desastre. Los pequeños profesores. Una infancia socialmente saludable.....	121
XIII Más sobre el Liceo Franco-Costarricense. Virtudes académicas. Excelencia educativa. Materias en español, materias en francés. Poesía. La segunda promoción del Liceo. Once años juntos. Fundación del Liceo Franco-Costarricense. ¡Instrucción no es educación! Sacralización del buen estudiante, degradación del mal estudiante. Distinciones académicas. Viviana: por encima de los laureles. Un Liceo auténticamente democrático. Bertrand Russell y <i>La conquista de la felicidad</i> . Viviana y yo soliviantados. Los cigarrillos de Russell. Falacias.....	127
XIV Eladio, el jardinero. Texto de Viviana. Los pies ampollados del chapiador. Hipersensibilidad ante la injusticia social. Cuestionamientos ante el discurso religioso. El dolor de los inocentes. Reflexiones del autor. Dios y el ser humano.....	137
XV Amor por los animales. Mascotas. Los abejones de mayo. El <i>affaire</i> del sapo en quinto grado. Historia de Loly. <i>Crimen y Castigo</i> , de Dostoievski: el caballo vapuleado. Sentires diferentes. La niña Sonia. La “polémica Maupassant”. <i>Platero y yo</i> . Viviana poeta.....	149
XVI Situación política de Centroamérica en los años ochenta. La gestión pacifista de Óscar Arias. Fricción Costa Rica-Nicaragua. Caída de Somoza y alegría general. La abortada cruzada de alfabetización en Nicaragua. La generación del desencanto. La estafa de Daniel Ortega. Errar es lo propio de la juventud.....	159
XVII Una lectora insigne. La rumia intelectual. Anotaciones a <i>El miedo a la libertad</i> , de Fromm. Marginalia. Convergencias y disensos. Crítica de la Iglesia.....	165

XVIII El sentido del humor. Una personalidad sobria. Participación en la campaña de Carazo. El manual de supervivencia. Los mangos numerados. Un caso de <i>bullying</i> repudiable. Viviana nos llama al orden. El <i>bullying</i> sexual. Viviana, ángel guardián. El autor enamorado. El peor seductor del mundo. La confortación de Viviana. La visita al homeópata.....	175
XIX Rodion Raskolnikov: dos visiones del personaje de Dostoievski Nietzsche: la moral “del señor” y la moral “del vasallo”. Stuart Mill: una “economía” de la felicidad. La interdicción del asesinato. La vida, valor absoluto. Raskolnikov: ¿héroe o antihéroe? La gran divergencia.....	185
XX Amor por el teatro. Brecht. Valle-Inclán. Giraudoux. Beckett. Jarry. Ibsen. Bernard Shaw. De Obaldía. Corneille. Goldoni. Aristófanes. Chéjov. Gentile. Pfeiffer. La fábula <i>El Cuervo y la Zorra</i> , de La Fontaine. <i>Las bodas de Figaro</i> , de Beaumarchais. Una golosa de la lectura.....	193
XXI Vida social de la clase. Fiestas. Discoteca “Infinito”. Discusiones en torno a Kafka. Ricardo Valverde. Ni alcohol ni drogas. Buenos muchachos. <i>El Proceso</i> , de Kafka. Versión de Orson Welles. Más Kafka: <i>La Metamorfosis</i> , <i>En la Colonia Penitenciaria, La Condena</i> . Mi versión de <i>La Metamorfosis</i>	201
XXII Carta de la clase a <i>La Nación</i> . Dificultad para llegar a un acuerdo en torno a Viviana. Anotaciones en el anuario. Carlos Morales y el cliché destruido. Amelia Rueda. Gestiones de la madre ante <i>La Nación</i> y Canal 7. El periodista respetuoso, el periodista carroñero.....	213
XXIII Costa Rica, país de la corrupción. Robert Lee Vesco y José Figueres Ferrer. Gobiernos liberacionistas de 1970-1974 y 1974-1978. Daniel Oduber. Una historia de escándalos en la función pública. Valores positivos de nuestros padres y profesores. Corrupción pasiva y corrupción activa. Corruptos y corruptillos. La visita a doña Matilde Marín de Soto. Texto de Viviana sobre la Palabra.....	219
XXIV Mayoría de edad. El abrazo “al revés”. Incertidumbre. Accidente en la vía pública. Entrada a la Universidad de Costa Rica. Entre la sociología y la antropología. Francisco Escobar. Visitas furtivas a la Escuela de Artes Musicales.	

El atuendo de Viviana. Perfumes. El gnomo malévolo. Viviana asustada y envuelta en misterio.....	229
XXV Primer día de clases en la Universidad. Reencuentros. Meses negros para la filosofía. Caminatas por el campus. Curso de apreciación de cine. <i>Isadora. El Coleccionista.</i> <i>La Beauté du Diable. La Madre. A man for all seasons.</i> <i>El acorazado Potemkin. Walt Disney. Blancanieves y los siete enanos.</i> <i>La noche de las narices frías. Fantasía. Bambi.....</i>	237
XXVI La doctrina de Simone Weil. La exinanición. El mal como ausencia de Dios. Dios decide ser menos para que los humanos seamos más. La libertad humana: ¿un peón envenenado? El no intervencionismo de Dios. Niños jugando con un revólver cargado. El miedo y la execración de la libertad. Dios con las manos amarradas. El horror del mundo. ¿Un dios aficionado, un dios irresponsable? El precio de la sabiduría. El clamor de Victor Hugo. Dios se retrae en la Creación. El mal como imperfección de la Creación. Muerte de Simone Weil. Militancias de Simone Weil. Su actual vigencia.....	243
XXVII El amor de Viviana por los libros. Biblioteca doméstica. Viviana deportista. Paseo a las montañas de Concepción de Tres Ríos. Exámenes de bachillerato. Los que copiamos. Viviana nunca fue una trotacalles. Ceremonia de graduación. Fiesta de graduación. Disenso de Viviana con el sector frufú de la clase. La polémica del traje. Los modernos filibusteros. Viviana: su integridad, su desdén del “qué dirán”. El heroico acto consistente en ir a contrapelo de la opinión general.....	249
XXVIII Comienza la tragedia. La llamada de Ricardo Valverde. Los aciagos hechos de junio de 1981. Una noche de sangre y horror. Reclusión de Viviana en el OIJ. Traslado a la Penitenciaría. Hacinación. Asesinato. El saco: su último gesto de generosidad. Serrat y Machado. Tortura. El “Padre nuestro”. Publicación del año 2002, periódico <i>Ojo.....</i>	257
XXIX Viviana nunca disparó. La prueba de la parafina. “La Familia”: su <i>modus operandi</i> , su ideología, su programa político. Vega es condenado por los asesinatos del 12 de junio. Operaciones diversas de “La Familia”. Preparación de sus integrantes. “La Familia”: su inanidad ideológica, su fracaso político, el despropósito de su misión. Arrogancia y falta de autocrítica de sus viejos líderes. Actitud de la prensa, según el periodista Sergio Fonseca. La placa en el parque Kennedy, en San Pedro de Montes de	

Oca: junio de 2017.	
Los embustes ideológicos de “La Familia”.....	269
XXX El cabo Bolaños: siniestro asesino. Su perfil psicológico. Sus declaraciones. Reportaje del <i>Semanario Universidad</i> , julio de 1981. Cacería de brujas. Conferencia de prensa de Vilma. Amenazas de muerte contra la familia de Viviana. Irregularidades en el caso de Viviana. Álvaro Fernández Escalante se refiere al texto de Francisco Escobar. Artículos del señor Escobar. La solidaridad, según Juan Pablo II, Camus y Malraux. El egoísmo, según Dostoievski. Viviana rechaza el quietismo y celebra la acción militante.....	279
XXXI ¿Quién asesinó a Viviana? Editorial del <i>Semanario Universidad</i> por Blanca Rosa Rodríguez. Sensibilidad social de Viviana. Un ser de luz. Viviana no era una resentida social. Viviana ante el dolor del mundo. Viviana no era una endocrinada. Amplitud de su pensamiento político. No al dogma. El escalofriante desenlace de <i>El Proceso</i> , de Kafka. La naturaleza elusiva del poder, el anonimato de la autoridad.....	293
XXXII La sonrisa de Viviana. Sus tumbas. Isadora Duncan ante la muerte de sus hijos. “En el mundo padeceréis aflicción”. El vencimiento del mundo. ¡Nunca negociar con la podredumbre! Los que se han ido. Saint-Exupéry y Mozart asesinados. Música para la muerte de Viviana. Foto escolar. “ Quizás solo a la muerte se llegue demasiado temprano”: Yolanda Oreamuno.....	301
XXXIII Carta de la madre a los medios de comunicación. Carta a la señora Olga C. de Picado. Texto de Vilma sobre su experiencia tras la muerte de su hija. Poemas de Vilma dedicados a la memoria de Viviana. Texto de Vilma sobre la conferencia ofrecida por el autor en la Universidad Nacional. Las tres soledades de Max Scheler. Carta de Vilma a Canal 7. Carta del hermano, Adalberto, al programa <i>Siete Días</i> . Vilma visita a Viviana el día siguiente de su detención. La noticia brutal. Haruki Murakami. Carta del hijo de don Rodrigo Carazo dirigida al autor. Rehabilitación de Viviana ante la opi- nión pública. Un holocausto. Un crimen de Estado. Ridícula investigación de la tortura y asesinato de Viviana por el OIJ. Carta de Vilma al Secretario de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Preguntas sin respuesta. La Corte Interamericana de Derechos Humanos: un fracaso jurídico. El voto razonado y el voto salvado del señor Rodolfo Piza Escalante,	

presidente de la Corte Interamericana de Derechos Humanos: excelencia de su gesto. El OIJ: juez y parte de su propio proceso. Informe del OIJ. Los exmiembros de “La Familia” hoy en día.....	309
XXXIV Rimbaud. Viviana: una redefinición de la amistad. Presencia de Viviana. La madre ante la ausencia. Mi homenaje musical. El tiempo es una mera ilusión. El privilegio de su amistad. Montaigne a propósito de La Boétie. Brassens refutado. Gracias, Vivi.....	331
Epílogo.....	335
Anexo I: Resoluciones de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.....	337
Anexo II: Álbum fotográfico.....	377

Dedicatoria

Para Vilma, Carlos y Adalberto, que como Atlas, cargan aún sobre sus espaldas todo el dolor del mundo.

“El mejor homenaje que podemos rendirle a un ausente es decir lo que él hubiera dicho, de estar entre nosotros”.

Pascal

Mi gratitud

Mi pluma no alcanza para expresar todo lo que quisiera a fin de manifestar mi gratitud a un escritor de la estatura intelectual de Jacques Sagot. El niño que conocí a sus 6 años, el frágil pero brillante alumno del Liceo Franco-Costarricense, a quien desde su tierna infancia, siendo alguien tan admirado y querido por mi hija, he llamado con el mayor cariño “mi chiquito”, hoy, por cierto, no tan chiquito, pero cuyo sentimiento aún anida en mi corazón.

He leído el libro que nos ofrece y, según el relato de que se trate, entre lágrimas de alegría, emoción y también de dolor en algunos casos, he quedado impresionada ante tan majestuosa creación.

Es difícil creer que en una pequeña obra, este mago de la pluma haya podido condensar sus doce años de momentos compartidos con quien fuera su mejor amiga, quien fuera como un espejo de su alma, a quien llegó a conocer hasta lo más íntimo de sus sentimientos, bellamente plasmados en este libro que, a no dudarlo, es una joya de variado contenido: tiene pasajes llenos de hermosos recuerdos de infancia, travesuras juveniles y anécdotas de sus sesudas discusiones y análisis filosóficos de obras literarias y musicales de grandes maestros que callaron hondamente en sus mentes, asuntos que increíblemente pueden ocupar un lugar en la diaria conversación entre dos niños y luego dos adolescentes, que estuvieron siempre muy lejos de los superficiales comentarios acerca de temas triviales de la vida cotidiana.

Este regalo literario que Jacques pone en nuestras manos será, a no dudarlo, lectura obligada de quienes quieran enriquecer su conocimiento y su léxico, a veces desconocido para muchos, y que además, deseen adentrarse en la bella historia de una niña que, criada entre besos, muñecas y juguetes, sintió inmensa ternura por aquellos a quienes consideraba desvalidos, desprotegidos y olvidados, aquellos a quienes una simple sonrisa podría llenar de alegría y esperanza y que, sin embargo, terminó abatida por las balas asesinas de un cobarde e insensato que brutalmente segó su corta vida.

Víctima de una sociedad que la vilipendió, la estigmatizó y la condenó sin juicio alguno, sin conocer a ciencia cierta la verdad de los hechos y la oscuridad de las manos asesinas que se escondieron tras los velos del poder, hoy, la valiente pluma de Jacques, a través de la semblanza que de ella hace, rescata sus más bellos sentimientos y casi lanza un grito de protesta a través de sus vivencias con aquella que fuera su mejor amiga. Por eso, enternecida hasta lo más hondo de mi ser, uniendo mi voz a las de Adalberto y Carlos, le digo solamente, GRACIAS, JACQUES.

Pero no puedo finalizar estas pequeñas reflexiones de gratitud, sin incluir entre los más valiosos gestores de esta obra, al Doctor Marlon Mora Jiménez, distinguido presidente del Colegio de Periodistas de Costa Rica, al Doctor Enrique Mata Rivera y al Doctor Roberto Rojas Benavides, de la Universidad Nacional, Heredia, quienes con mentalidad preclara impulsaron el nacimiento de esta notable pieza literaria, a ellos también, con mi corazón de madre agradecida, al unísono con mi esposo y mi hijo, les digo: MUCHAS GRACIAS.

Vilma Camacho de Gallardo

Motivación humanista

Dicen que cuando una bala entra en el organismo rompe la piel, desgarrar los músculos y contamina todo a su paso. De inmediato, un veneno como un dardo tranquilizante duerme las fibras mientras el sistema envía un mensaje directo al cerebro: le llaman dolor; ese mismo que hace vociferar en el término más alto lo que siente por dentro. Eso le sucedió a una niña en una descarga de balas hace ya muchos años, por eso desde el Centro de Estudios Generales (CEG) decidimos contar su historia y hacer memoria de aquella Costa Rica.

El 29 de julio del 2011, Jacques Sagot escribió para el periódico *La Nación* un artículo titulado “Viviana fue mi amiga”:

Viviana Gallardo fue mi mejor amiga de infancia y juventud. La hermana de mi alma. El lunes 2 marzo de 1969, primer día de clases –terrible experiencia iniciática– mi mamá me lleva de la mano al Liceo Franco-Costarricense. Yo, aterrorizado, abandonado en un aula llena de criaturas extrañas y de una temible figura de autoridad que era la profesora, mudo, crispado, al borde de las lágrimas. Sentada al lado mío estaba Viviana Gallardo.

Luego de leer aquel primer párrafo, le escribí a Jacques para que nos contara su historia. La iniciativa tuvo que esperar porque una misión diplomática en Francia nos impedía tenerlo en vivo.

Tuve que esperar unos años para coincidir con este pianista extraordinario en un programa de radio para organizar la actividad tan ansiada. En esto, la actual decanatura dirigida por Roberto Rojas nos dio todas las facilidades para lograr nuestro cometido: tener a Jacques Sagot hablando de aquella mujer de apellido Gallardo.

Jacques se educó en el Liceo Franco-Costarricense, desde muy chiquillo ya tenía en las venas esas dotes de artista que ha esculpido como escritor con potentes cuentos y textos en medios de comunicación colectiva.

Sería en esa casa de estudios donde se encontraría con Viviana; donde aprendió a quererla y a convivir con ella. Al preguntarle sobre aquella coincidencia la definió como sensible, idealista, joven y culta mientras le brillaban los ojos como si la tuviese de frente.

“Viviana Gallardo es la amiga más cerca del corazón que he tenido en la vida”. Imaginen qué lindo hablarnos desde el corazón entre amigos, eso lo decimos siempre en nuestras clases de humanismo. Por eso me atreví a organizar una actividad donde escucháramos hablar de esa chica tan desconocida para la sociedad costarricense, y que hoy desemboca en un libro con memoria humanista.

Jacques Sagot, el pianista, el escritor, el dos veces doctor, ha dado recitales en toda América, Europa y Japón. Los veranos franceses en octubre ponen el piano de la mano de este artista costarricense a crecer las flores de la avenida de los Campos Elíseos –esos Champs Elysées son testigos de mis palabras–.

Amante de las bibliotecas al viejo estilo de la atención humanista, este estudiante de por vida fue declarado por el Gobierno Francés, Caballero de la Orden de las Artes y las Letras. Como diplomático, impulsó que *las esferas costarricenses* se declararan patrimonio del Mundo por la UNESCO.

Sabe de fútbol una barbaridad: le escuché la mejor semblanza de George Best que conozco, pero ustedes ya quieren leer este texto tan nuevo y tan genuino como real. Les dejo con la historia de este casto de las redes sociales, Jacques Sagot y la mujer que se sentó a su lado el primer día de clases en un marzo a finales de los sesenta.

“Cuando falleció Viviana, yo llegaba a la casa y con su mamá doña Vilma nos sosteníamos unos a otros. Mi relación con Viviana no terminó con su muerte, te lo confieso”, me dijo mientras sus cachetes enrojecidos hacían juego con su barba: esa que le caracteriza el garbo de artista moderno. Con ustedes la historia de Jacques: un hermano durante trece años de la chiquita que nadie conoció.

Marlon Mora Jiménez

Preludio en Si bemol menor

Este es un libro dictado por el amor. ¿Le confiere tal cosa una lucidez, una preclaridad particulares, o antes bien, lo torna sesgado y parcial? Resta considerar la posibilidad de que sucedan ambas cosas: no son en modo alguno excluyentes. *Cela étant dit*, quizás convenga comenzar declarando que no creo en la objetividad. Vamos, me corrijo: creo en ella como una entelequia, una facultad loable hacia la que es saludable propender (como la Justicia, el Amor, la Libertad, la Verdad), pero que nunca alcanzaremos. Recomendable como tránsito, como “ir hacia”, como travesía, partiendo de la comprensión de que nunca llegaremos al ansiado litoral. Lo que la Justicia, el Amor, la Libertad, la Verdad posiblemente nos permitan será un viaje más placentero. Por lo demás, bueno es saber que nos embarcamos en un navío que nunca llegará a su destino. Y tal es el caso de la objetividad: asumimos que conviene bogar hacia ella, pero que jamás lograremos habitarla. Sujeto soy y como tal inexorablemente subjetivo.

Yo soy más radical. Repito: salvo como compañera de viaje, no creo en la objetividad. La “objetividad” (asumir como un hecho objetivo –y por consiguiente, universal– la excelencia humana de Sócrates, Sir Thomas More, Mahatma Gandhi) no es más que la suma de esas incontables e irreductibles subjetividades que llamamos posteridad. Si erra el individuo, igual puede errar esa inimaginable suma de individuos que llamamos “historia”. Así pues, amigos y amigas, lo único honesto de mi parte es comenzar por confesarles que no pretendo ser objetivo. Antes bien, voy a ser profundamente subjetivo. ¿Por qué? Porque para mí, ahí es donde palpita y se ovilla la Verdad. ¿Mi verdad? No me importa, jamás me ha

importado ninguna otra. Así las cosas, cuando les ofrezco mi subjetividad –grávida de sentimiento y experiencias personales– tengo la certeza de ofrecerles lo más cercano a la Verdad de que soy capaz. Obligarme a la “objetividad” adulteraría las vivencias que quiero compartir con ustedes y me sometería a un régimen de violencia epistémica que rechazo desde el fondo de las vísceras. Lo que contaré es verdadero justamente por cuanto subjetivo –partiendo, eso sí, de esta premisa: la subjetividad no es el paraje de los espejismos, sino la residencia de la Verdad, la única Verdad de que los seres humanos somos capaces–. Mi subjetividad no supone cosmetizar hechos, omitir información, ignorar el dolor de unas víctimas para exaltar únicamente el del bando contrario, caer en la apología ciega y bobalicona, someter la historia a las más artificiales torsiones, en suma, falsear o adulterar los acontecimientos de esos últimos aborrecidos meses de la vida de Viviana. Mi subjetividad consiste en declarar, *a priori*, que adoré y sigo adorando a ese ser que en su momento el país satanizó, que comprendo plenamente la magnitud de su error, y que condeno el hecho de que nuestro “Estado de Derecho”, actuando como una sórdida, foucauldiana urdimbre de focos de poder, la haya privado, asesinándola, de la oportunidad de expiar su falta y de entender en qué había consistido su trágico yerro.

Hablaré sobre un ser que me es entrañable. Un ser muerto –aniquilado– hace treinta y seis años. E inevitablemente, hablaré también sobre mí. Como hermosamente sostiene Vladimir Jankélévitch, el presente no requiere ser auxiliado. Por el mero hecho de ser presente, tendrá la fuerza y la presencia vital como para defenderse a sí mismo. El pasado, en cambio, está condenado a irse adelgazando, disminuyendo, limitándose a un puñado de imágenes que no cesarán de acercarse a la nada asintóticamente, sin por ello jamás desaparecer: nadie puede hacer que lo que fue no haya sido. Por ínfimo que sea el homenaje que el ser humano rinda al hecho en cuestión (una nota a pie de página, una mención en un libro perdido en una biblioteca con diez millones de volúmenes, el recuerdo de una anciana que se extingue), este no será devorado por la nada. Si fue, seguirá siendo –aun cuando este cada vez más consumido, más erosionado por el tiempo–. *Hoy es siempre todavía* –observa Machado–. Mi libro está escrito desde ese “todavía” que se enturbia y difumina. Es por esto –nos dice Jankélévitch– que el pasado demanda socorristas. No el presente –ese goza de perfecta salud–, sino el pasado. Todo hecho pasado, por el mero hecho de ser tal, nos lanza una llamada de auxilio y convoca nuestra responsabilidad: somos custodios, depositarios de algo que la lepra del tiempo está erosionando, debemos actuar como buenos museógrafos, como arqueólogos, biógrafos y –más aún– como aquellos que insuflarán a ese pasado una vida insólita, impensada.

El pasado es elástico, maleable: cambia cada vez que lo revisitamos, es sustancia susceptible de reinterpretación, de relectura, es –contrariamente a lo que alguna gente cree– abierto, dinámico y mutable. A su modo, es actualizable y aún más: futurible. Una avezada relectura de un hecho histórico puede cambiar completamente la idea que el mundo de él conservaba: lo que se había considerado una gesta épica, es reconceptualizado como el más abyecto genocidio. Las canciones de gesta –que amo, y cuyo esplendor literario sería el último en negar– deben ser reinterpretadas, reconcebidas, desde nuestra actual perspectiva, como la crónica de atroces campañas de sojuzgamiento, pillaje, muerte y devastación. ¿Eran Rolando y el Mio Cid un par de genocidas? Sería un anacronismo pretenderlo, toda vez que el término y la noción misma de genocidio no existían en los siglos XI y XIII, pero desde nuestra actual perspectiva, es difícil no releer, no visitar sus gloriosas campañas como lo que realmente fueron: gestiones de pillaje, de hegemonismo cultural, el horror del imperialismo (¡otro anacronismo!) expresándose en su más primaria forma.

Y es por eso que este libro parte al auxilio del pasado. Ya mucho de él ha muerto. A treinta y seis años de los hechos, un considerable coeficiente de él es absolutamente irrecuperable. Pues bien, elaboraremos el duelo de lo que ya duerme en el fondo del océano donde todo se disuelve y evanesce, y partiremos en pos de lo que aún pide a gritos nuestro socorro. El tiempo es como un disolvente natural. Dice Georges Brassens: *el tiempo es un bárbaro de la estofa de Atila: en los corazones donde sus caballos pasaron, no vuelve a brotar el amor*. No pretendo que rebrote: mi misión es preservar las flores, huertos e islotes de zacate que dejó intactos. Y contra ello, ese tiempo-Atila, con sus legiones de caballos, no puede nada. Ya hizo todo el daño que podía hacer. Ahora nos corresponde a nosotros detener su insidiosa carcoma de lepra en la memoria de las gentes. Y tengo la certeza de que lo derrotaremos.

Son curiosas las malas pasadas que el tiempo juega con nosotros. De aquí a mil años, la gente sostendrá que Proust era contemporáneo de Voltaire. De aquí a diez mil, que nosotros fuimos contemporáneos de San Francisco de Asís. Hoy, apenas pasa un día sin que oiga hablar de “los griegos de la Antigüedad”, y ver cómo la gente pone a Homero al lado de Platón... cuando en realidad los separan cuatro siglos de historia. La comprensión del pasado, que tiende a aglutinarnos y confundirnos en una masa amorfa y promiscua. Eso y la ignorancia supina e irritante de la gente –añadamos, para trazar el cuadro completo de los hechos–. Viviana Gallardo comparte íntimamente el segmento de mi vida que va de los seis años –primer grado de la escuela primaria– a los dieciocho –segundo año de mis estudios universitarios–. Desde marzo de 1969 hasta junio de 1981. Seis años de escuela primaria, cinco de colegio y uno y medio de universidad. Hoy, a mis cincuenta y cinco años de edad, me digo: “doce años no es, después de todo, una travesía tan larga... ¿cómo es que este recorrido compartido me hace el efecto de una eternidad?” Pero tal es el

hecho. Lo abarco retrospectiva y panorámicamente, y me parece que la aventura duró cien años. Luego tomo el paisaje, comienzo a desmenuzarlo y descubro paulatinamente en él una densidad, un espesor, una riqueza... y por poco suscribo a la paradoja de Zenón, y me digo: al dividir y subdividir las miles de vivencias compartidas con mi amiga, no veo cómo pueden siquiera ser contenidas en el espacio acotado y pírrico de doce años. Fue, paradójicamente, una eternidad cerrada, contenida, acotada. Quizás no extensivamente –tiene un comienzo y un final perfectamente determinables–, pero sí intensivamente (uso ambos términos con el sentido que les confiere Spinoza: el ser humano muere extensivamente, pero no intensivamente).

Viviana fue mi amiga. Mi mejor amiga –añadiré, a sabiendas de que esta expresión ya tiende a suscitar la sonrisa indulgente de los pedantes–. Sí: creo que existe eso que se llama “una mejor amiga”. Empero, no utilizo la expresión en términos absolutos –he tenido amigas igualmente entrañables después de ella–. Lo fue durante más de doce años de mi vida. Y lo sigue siendo en la medida en que, aun cuando aprecio en lo que valen las magníficas amigas que la vida me ha deparado tras la muerte de Viviana, advierto que pocas han estado tan cerca de mi corazón y me han conocido tan hondamente... Mi alma no tenía piel para Viviana: la leía como un texto abierto. Podría haber sido perturbador, de no ser porque le tenía absoluta confianza, y sabía que nunca usaría su conocimiento para hacerme el mal. Su perspicacia hermenéutica por un lado –su capacidad para leerme–, la transparencia de mi ser por el otro... Esto generó un inusitado grado de conocimiento. De ella por mí. El mío por ella era mucho más limitado. No porque ella fuese más críptica, más opaca que yo, sino simplemente porque yo era más tonto. Pero mis limitaciones como descifrador de almas importan poco, puesto que, de todas formas, este libro no es únicamente –quizás ni siquiera fundamentalmente– una biografía. Es la historia de una relación, de un vínculo excepcional, por poco diría inexplicable, entre dos niños, luego adolescentes, por fin, jóvenes adultos. No solo celebro a Viviana: celebro nuestra amistad y, como tal, esta no puede sino ser un fenómeno *à deux*.

Canto a una casi incomprensible consonancia de las almas, a algo que va más allá de la mera identificación cordial (del latín *cor*: corazón). Tentado me siento a hablar de un fenómeno de gemelitud de espíritus, pero sé que con tal ocurrencia suscito ya la sonrisilla condescendiente de los ya mencionados cretinos. Por lo demás, si con tanta frecuencia hablo de mí, ello se debe a lo que decía Unamuno: *soy el hombre que tengo más cerca de mí*¹.

“Pero si no una biografía, ¿qué es su libro, señor Sagot?” –es la pregunta legítima de los lectores–. Es una rapsodia. Una rapsodia era un género poético de la Antigüedad. Etimológicamente, significa “zurcido

1 *Del sentimiento trágico de la vida*.

de cantos”. La noción misma de lo rapsódico sugiere libertad, improvisación, paráfrasis, analepsis, prolepsis, heterogeneidad del discurso, heteroglosia –hubiera dicho Bajtín, refiriéndose a la novela–. Con ello quiero decir que el libro será biografía cuando me plazca, ensayo cuando me dé la gana, reminiscencia cuando se me antoje, jirón sangrante de la historia patria cuando así lo sienta, y homenaje siempre, siempre, siempre. Algo más: durante largos trechos, el libro asume el carácter de una “biografía intelectual” de Viviana: la historia de su pensamiento, de sus lecturas, de sus posiciones ante el mundo. La “biografía” de un espíritu, no solo la de una figura civil. No obedezco a ningún itinerario predeterminado. Juego rayuela sobre las casillas del tiempo, y tanto voy del pasado al futuro, como del futuro al pasado. La libre asociación de ideas –más que el apego a una cronología rigurosa– fue mi guía. Fiel a mis procedimientos literarios, he dejado que el libro se escriba a sí mismo. Le he dado la palabra a la palabra. El resultado solo puede ser un bazar, una cornucopia de reminiscencias, un caleidoscopio de recuerdos, y también una bacínica llena de bilis y jugo pancreático. Creo que los escritores escriben mejor cuando usan sus fluidos vitales que cuando se sirven de la tinta. La historia de Viviana es la historia de una inmensurable injusticia. Escribiré con excremento –tal los prisioneros en sus celdas de máxima seguridad– cuando lo considere necesario. Y si tengo que vapulear a alguien, lo haré. “Miserable”: la lengua española no habrá jamás acuñado término más adecuado para aludir a la suma de todo lo que consideramos antivalores: cobardía, traición, abandono, pusilanimidad, abuso de poder... el zoológico es grande y ofrece una variopinta multitud de bichos viscosos, nauseabundos y escurridizos.

Los griegos de la Antigüedad acuñaron el término *psyche* –prefijo de palabras como psicología o psicoanálisis– para aludir al alma humana. No sería desvirtuar la intención de este libro describirlo, quizás, como una psicografía (grafía: del sufijo griego *graphia*: dibujo, escrito, tal como lo encontramos en las palabras topografía, caligrafía o ecografía). Así pues, el retrato de un alma. Sí, esta es una manera bastante exacta de describir lo que me he propuesto hacer en este libro: el retrato del alma de mi amiga del alma (valga la redundancia).

Una vez más, llamo en mi auxilio a don Miguel de Unamuno:

Si al lector le resultan estos aforismos sin concierto es porque no ha aprendido a leer en lanzadera, pensando, despensando y repensando. Que es propiamente la rumia. O la meditación. Cuando en las novenas, allá al oscurecer, el cura, después de leer un pasaje, dice, cerrando el libro y con voz gangosa: “¡Meditación!”, y apaga la vela a cuya mortecina llama leía en el libro, pónense las devotas y los devotos a rumiar pensamientos, a darles vueltas, a discurrir en ovillo y como quien devana. O se duermen. Y en sueños deshacen el hilo de la vida. Medite, pues, el lector y déjese del orden de los pensamientos. ¿Que no seguimos un

método, o sea un camino o un cauce? ¡Claro está que no! Es decir, sí le seguimos. Vamos haciendo el camino según caminamos. Un hilo de agua que se vierte por una pendiente sigue la línea de menor resistencia, pero es en cada momento de su curso y no en la resultante. Si en un punto dado le quitaran un obstáculo, es fácil que el resto de su curso fuese de menor resistencia, de mayor pendiente que el que sigue a partir del obstáculo aquel. Y en esto se diferencian los ríos de los canales. Y esta nuestra disertación aforística, con sus meandros, sus vueltas, sus remansos, sus rompientes, sus lagos, es como un río al que no queremos acanalarle entre pretilos de lógica.

Lo mío son los ríos, no los canales.

“Nostalgia” es una palabra débil, muy débil, para describir esos momentos en que el pasado se enseñorea del presente, nos duele respirar y el pecho se cierra como si quisiera proteger y triturar a un tiempo el corazón. Pesadez del alma, pesadez del ser.

El diagnóstico que generalmente se emite es demasiado fácil: tal vivencia tiene que ser dolorosa, puesto que representa una forma de exilio: salirse del aquí y del ahora –del “aquihora”– e instalarse en algo que ya no es, y que, como tal, participa de la definición misma de la muerte: no ser. Porque, según San Agustín, el pasado –como el futuro– es justamente aquello sobre lo que no se puede predicar nada, excepto que “no es”.

¡Ay!, para que algo deje de ser, tiene que haber sido: he ahí el problema. Así vistas las cosas, la filosofía de Heráclito, el devenir, el río en cuyas aguas nadie se baña dos veces, es la concepción del tiempo más profundamente melancólica que sea dable concebir. Bajo el rostro luminoso de la renovación se oculta el de la pérdida. Y el “devenir”, ¿qué es, sino el más piadoso eufemismo jamás inventado para aludir a la muerte? Antes que celebrar mi nuevo río, lloro el que ya se fue, ese que, al decir de Jorge Manrique, “va a dar en la mar, que es el morir”.

Heráclito es el modelo y el santo patrono de toda la poesía de la melancolía (¿existe acaso otra?) que en el mundo se ha escrito. Infinitamente más que Lamartine, Musset, Bécquer, Verlaine, Dickinson, Machado, Juan Ramón Jiménez... que solo se permitían ser melancólicos cuando querían. Sí, Heráclito era, por lo menos, tan poeta como filósofo. Pertenece a ese linaje de pensadores caracterizados por una agudísima sensibilidad temporal –más que espacial–, la estirpe de San Agustín, Unamuno, Machado, Bergson, Proust.

Siempre he propendido –lo cual no está de moda, ya lo sé– a su antípoda: Parménides. La quimera de un Ser redondo, perfecto, eterno, inmóvil –o más precisamente, donde el movimiento y el cambio no serían más que una ilusión– ha despertado ecos profundos en mi corazón. ¿Quimera? ¡Acaso no lo sea, después de todo! Es, por lo menos, mi intuición profunda, atávica, inexplicable.

El tiempo lineal solo es concebible en su representación gráfica, espacial y geométrica: la línea recta. Por lo demás, no existe. No reconstruyo mi vida de manera cronológica. No puedo. No debo. La vida no es una línea ni un vector, no va del pasado hacia el futuro, con breves paradas en el presente (“distensiones”, las llama San Agustín). No es un trayecto continuo, unidireccional y entrópico. ¿Sugiero que la vida debe ser reconstruida de adelante hacia atrás o comenzando *in media res* y procediendo en una u otra dirección? ¿Dejaría acaso por ello de ser cronológica y lineal? La prolepsis como la analepsis son, ambas, hijas de Cronos: nada cambia con el hecho de que nos dejemos llevar por la corriente hacia la desembocadura o que remontemos el río en pos de su olvidada naciente.

Hay otro criterio para “organizar” y “reconstituir” la vida y “experimentar” el tiempo: un criterio primordialmente emocional y, en cierto sentido, cristalizado fuera de los relojes y calendarios. Llamémoslo, con toda propiedad, *impresivo* y *subjetivo*. Solo es válido en la reminiscencia, en la evocación, en la cercanía o la lejanía *emotivas* que ciertas vivencias dejan en nuestra memoria. Lo más cercano a nuestro presente no es el día de ayer: es la más intensa de las alegrías o el más atroz de los dolores que hayan marcado nuestra vida. Lo más lejano al presente –lo que ha quedado realmente rezagado o enterrado en el pasado– son aquellas vivencias que no dejaron huella en nuestra conciencia.

Eso es el tiempo para mí. Una jerarquía de intensidades o, si así lo prefieren, un calendario puramente personal, subjetivo, impresivo y nunca lineal. El pasado lejano –o lejanísimo– es el naufragio de aquellas vivencias que no penetraron la primera capa histológica del alma. El presente constitutivo de la personalidad, el presente activo, el presente que realmente está presente (valga la redundancia) es una suma de impresiones y de sobreimpresiones cuya inusitada intensidad establece una perspectiva hecha de presencias y ausencias, de improntas y olvidos, de paroxismos y meros archivos. Y es así como mi presente bien puede ser el día, allá en el fondo de la infancia, en que descubrí el agua; e inversamente, el minuto que acabo de vivir, o el día de ayer, o los últimos diez años de mi vida, quizás vacíos de agonías y de éxtasis, formen ya parte de un pasado pasadísimo, posiblemente irrecuperable.

Siendo la evocación mi manera de asomarme a mi propia vida, el único método organizacional que juzgo honesto es el que se fundamenta en una concepción del tiempo –repito– emotiva, impresiva, subjetiva, jerarquizada, completamente ajena a la cronología “objetiva” y categorizada *aeterno modo*. La emoción informa y estructura al tiempo.

Aunque el hecho aconteció hace quince años, yo puedo afirmar que mi hermano murió ayer. La hondura de la impresión, la brutalidad del trazo de gubia sobre la piel de mi alma, harán que mi hermano haya siempre muerto ayer. También puedo decir que fue ayer cuando toqué, para un público delirante, el Segundo Concierto de Rachmaninoff en el Teatro Nacional, o que publiqué mi primer libro –cosas que, me dicen

los almanaques, acontecieron en 1997—. Cuando Machado afirma: *Hoy es siempre todavía*, la reflexión vale únicamente para aquellas vivencias que representaron paroxismos —de gozo o de dolor—. El pasado cercano, inmediato, siempre está hecho de experiencias extremosas: es por ello que la conciencia, haciendo trizas los calendarios, las ubica ahí. Y correlativamente, esa tediosa fila que tuve que hacer ayer para resolver un banal embrollo burocrático, no sucedió realmente ayer: mi corazón ya desterró la experiencia a un pasado por poco antediluviano, con el propósito de que siga alejándose, y propendiendo asintóticamente hacia la nada.

El tiempo es, también, una función de la emoción. Es ella quien lo estructura, es ella quien lo constituye, es ella quien lo informa, es ella quien lo corporeiza. La emoción dispone qué viene antes y qué viene después. Y dentro del antes, qué fue a escorar al antes del antes; y dentro del después, qué fue remitido al después del después.

Tiempo = emoción. He ahí la ecuación que quiero compartir con ustedes. Ahí me dirán qué les parece.

Yo nunca digerí espiritualmente el asesinato de mi amiga. Tampoco pretendo a estas alturas —o a estas bajuras— de mi vida lograrlo. No significa esto que cada vez que la evoque aülle de dolor. Significa que la injusticia es —creo yo— una de esas vivencias para las cuales carecemos de enzimas digestivas. Se nos queda atorada, asfixiante e irreductible, en algún lugar del esófago. Y no hay remedio para eso. Nunca lo ha habido. No, por lo menos, para mí. Es, en suma, algo que jamás le voy a perdonar al mundo. ¿Que esto me condena al desasosiego y la rabia impotente? Pues que sea. No me interesa ser potente ni sosegado. Por momentos me pregunto si la justicia no será parte de nuestro aparato instintivo. Nada en el mundo causa más rabia y tan desesperada necesidad de compensación como la injusticia. Un niño en su cuna es ya capaz de reconocerla y la repudia desde el fondo del ser. Las diversas maneras en que la justicia se codifique, ritualice y protocolice son, evidentemente, constructos culturales. Pero la natural, espontánea, telúrica indignación que en nosotros despierta la injusticia me parece constituir, antes bien, parte de nuestro “disco duro” instintivo.

Marguerite Duras decía que *escribir es gritar sin hacer ruido*. Sí, alaridos silenciosos, como los de las desquijaradas figuras del *Guernica*, que arrastran sus cuerpos en medio de una conflagración universal... de la que no alcanzamos a oír absolutamente nada. Pienso en la irreparable, por siempre irreversible, incompensable injusticia del pasado, y escribo... es decir, grito en silencio.

Este libro no pretende cancelar, agotar el discurso en torno a Viviana. Antes bien, mi sueño es que lo abra en direcciones nuevas e insospechadas. Que genere más estudios y aproximaciones. Que opere como una fuente primaria, básica, en la que posteriores investigadores podrán apoyarse para proponer estudios especializados. Las dimensiones jurídica y criminológica del caso de Viviana, por ejemplo, piden a gritos el análisis

riguroso de los entendidos en tales materias. No eran canteras que yo hubiera podido explorar: carezco del instrumental teórico para hacerlo. La saga de Viviana tiene mil vertientes y obviamente yo no podía sino examinar algunas de ellas. De nuevo, mi más cara ambición es que este libro suscite una profusa y especializada bibliografía.

Cuatro observaciones antes de iniciar nuestra aventura. Uno: hablo siempre en primera persona, y asumo absoluta responsabilidad por los criterios emitidos. Execro —el término no es excesivo— la práctica consistente en hablar desde el “se” (“se” dice, “se” propone, “se” demuestra). ¿Quién diantres es “se”? Así pues, proscrito queda el “se” heideggeriano, puesto en boga por cierto tipo de ejercicio académico con veleidades científicistas. Con asco quizás mayor evito hablar en la primera persona del plural: el mayestático “nosotros”. ¿Por qué habría de hacerlo? El pronombre en cuestión no me representa. Solo aquellos que padecen de parásitos intestinales o sufren de trastornos disociativos de múltiple personalidad deberían permitirse hablar desde el “nosotros”. Dos: me he fijado, como meta, que en mi escritura figuren siempre tres componentes: información, interpretación y pasión. En otras palabras, cifras, pensamiento y corazón. A ustedes les corresponderá evaluar si lo he logrado. Tres: soy digresivo, reiterativo y enumerativo. Cuatro: yo soy mejor preguntador que “respondedor”. ¿A qué bueno proponer respuestas, cuando de toda suerte el mundo está repleto de “contestadores” profesionales que parecen segurísimos de sus respuestas? Así pues, quedan debidamente advertidos. Si están dispuestos a tolerar estas proclividades retóricas, bienvenidos a mi texto.

Inevitablemente, en el libro hablo mucho de mí. Repito las palabras de Unamuno: *Perdonen que hable tanto de mí, pero sucede que soy el hombre que tengo más cerca de mí*. Visitar esa arriscada comarca del pasado que fue Viviana, es cosa que comprometía todo mi ser y que me forzó constantemente a la introspección. En casi cualquier recuerdo o reminiscencia, se me venía de cuajo también mi propia persona, partícipe frecuente de sus correrías vitales e intelectuales.

Este libro no es solo un trabajo histórico o una mera serie de anécdotas y reminiscencias. Hube de investigar en diversas fuentes —expedientes judiciales, documentos diversos, manuscritos de Viviana— para dar forma al *opus*. Fue, en buena medida, una labor de excavación, de exhumación de papeles hoy decolorados por el tiempo y algunos de ellos inexistentes en archivos públicos.

Terminado este preludeo en modo menor, y a punto de comenzar el primer capítulo, me pregunto, como Barthes, *Par où commencer?* Pues entérense, amigos y amigas, que están ustedes ante un escritor tan irresponsable y autoindulgente, que a estas alturas no tiene aún la menor idea de qué va a escribir en la página que sigue. Esa es la vida. La verdadera. La que no se planifica, la que nos sorprende a cada párrafo. La *inconexa*, la *carente de sentido*, la *inarticulada*, la *divagante*, la que *no tiene pies ni cabeza*. Mallarmé reivindicó en un texto admirable la

legitimidad de la divagación en la gestión filosófica: comprendió que se puede hacer filosofía desde el caos discursivo de la vida. ¿Por qué habría yo de “acanalarla”, de pretender ponerme por encima de ella? Juguemos su juego, y hablemos, en cada preciso momento del texto, sobre lo que me dé la regalada gana escribir. Me eximo de los pruritos de estructura, unidad, desarrollo o conclusión: esto no es un trabajito universitario de la Niña Pochita (esos que, tan pronto escritos, son publicados cual si se tratase de obras canónicas de la literatura universal). Sin brújula, sin sextante, sin velas ni radar: partiremos al auxilio del pasado a nado y siguiendo el impulso del momento. Lo que hará las cosas más difíciles: tendremos que vérnosla con un mar chúcaro y proceloso. Es media noche. La media noche fosca sin luna y sin estrellas donde el cielo no puede hacer las veces de guía. Momento de zambullirse en el océano.

Jacques Sagot